

editorial / Miedo a la participación

Recientemente declaraba un conocido político oficial que una de las cuestiones que más le preocupaba era el tema de la participación, precisamente por ser un convencido partidario de la apertura. El largo y dificultoso peregrinaje del asociacionismo político a lo largo de varias legislaturas es toda una muestra elocuente del recelo con que se mira en nuestro país cuanto lleve un cierto aire de participación política asociativa. La misma preocupación ante una posible politización, se ha exteriorizado al anunciarse la regulación de la participación estudiantil en la vida académica.

No cabe duda que la participación real y efectiva del pueblo, a través de asociaciones libres, en la vida política, entraña siempre un riesgo para los que detentan el poder y es lógico que el planteamiento de dicho tema levante preocupaciones. Porque, si queremos el funcionamiento de auténticas asociaciones políticas, no hay más remedio que darle participación decisoria en los actos del poder. A la gente no le gusta participar como comparsa, aunque las manipulaciones totalitarias en algún momento pudieran hacer pensar lo contrario. O se crean canales asociativos a través de los cuales los ciudadanos puedan participar en el poder o el pueblo volverá sus espaldas a las ofertas que le formule el poder legislativo. Y como no se encuentra el país en condiciones de poder desperdiciar energías políticas, la alternativa es clara: o se hacen las cosas bien, con sinceridad, o se dejan tal como estaban.

Por eso, cuando desde el poder se decide dar participación al pueblo hay que estar dispuestos a hacerlo con todas sus consecuencias, afrontando conscientemente los riesgos que la decisión entraña, sin miedo. Si no existe ese estado de ánimo inicial, la operación se frustrará. Es algo que cualquier persona con un mínimo de sentido común puede pronosticar. El miedo de los que ostentan posiciones de privilegio en las estructuras socioeconómicas a la introducción de cambios en las condiciones que han servido para auparlo es algo tan viejo como la humanidad misma. Sin embargo, el espíritu de servicio a la comunidad que debe animar a los hombres públicos debe conferirle una especial capacidad para saber afrontar el riesgo de perder posiciones. Sobre todo si, como ahora en nuestro país, se demandan urgentemente vías asociativas para la participación política.